



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

RESEÑA

Nº 12 - Año 2014

E-mail: hispanianova@uc3m.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ Antonio César MORENO CANTANO (Coord.), *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Eds. Trea, 2013, 334 pp., Eduardo González Calleja (Universidad Carlos III de Madrid)

Moreno Cantano es un buen representante de la última generación de historiadores que está abordando desde perspectivas renovadoras el estudio de la política exterior del franquismo, sobre todo en su vertiente cultural. Tras la lectura en 2008 de su Tesis Doctoral sobre *Los Servicios de Prensa Extranjera en el primer franquismo (1936-1945)*, ha coordinado sendos estudios colectivos titulados *El ocaso de la verdad. Propaganda y prensa exterior en la España franquista (1936-1945)* y *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*. La presente obra remata, por tanto, una ambiciosa trilogía donde se proponen nuevas perspectivas y temas para el estudio de la política exterior española en tiempo de guerra: la influencia de las individualidades tanto de la carrera diplomática y como del partido único, los instrumentos de actuación exterior en perspectiva comparada (especialmente en el caso de las potencias fascistas), la recepción por parte de las opiniones públicas de los países de acogida (lo que incluye las comunidades de españoles emigrados) o los contenidos de esta acción cultural y propagandística. El autor-coordinador no se aleja un ápice de los temas clave que ha abordado hasta la fecha (la propaganda y la diplomacia conjugadas en la política exterior del primer franquismo), y aglutina a la sazón una serie de estudios de marcado contenido personalista (al menos en seis de los nueve artículos) que abarcan ámbitos geográficos muy concretos. A la hora de calibrar y redefinir la importancia de este tipo de propaganda, la integra en la política cultural exterior del franquismo por medio del análisis de iniciativas y misiones concretas. Si en *Propagandistas y diplomáticos* se centraba en países de Europa Occidental como Inglaterra, Francia, Bélgica o Italia, ahora el objetivo se dirige a Portugal, Filipinas, los Estados Unidos, Argentina o Uruguay.

El libro da cabida a estudios de diverso valor y contenido: desde los asuntos más generales a las peripecias individuales más concretas, pasando por las misiones, estructuras o redes específicas del aparato diplomático o de la sección exterior del partido único en distintos países. La aportación preliminar de Juan Carlos Pereira actúa como introducción general a la problemática, ya que hace a la vez un balance del estado de la cuestión historiográfica, de la situación actual de accesibilidad de los archivos (amenazada en el de Asuntos Exteriores, lo que contrasta con la disponibilidad de la documentación de Franco en el Centro Documental de la Memoria Histórica), de los rasgos fundamentales de la política exterior franquista (personalismo, indefinición programática, dependencia de la coyuntura internacional y de las grandes potencias...), de sus actores principales (Franco y sus ministros de Exteriores, de Jordana a Lequerica) y de su periodización más clásica. De todo ello se deduce algo obvio: que la etapa histórica que va de 1936 a 1945 resultó clave para la elaboración de una política exterior que siempre trató de soslayar el “pecado original” del apoyo de los fascismos a la causa rebelde durante la guerra civil.

Moreno Cantano estudia la propaganda de guerra de carácter religioso durante los conflictos civil y mundial. Aunque ambas conflagraciones tuvieron sus características específicas, el autor destaca la fuerte movilización de esfuerzos materiales e intelectuales de las potencias implicadas para librar una lucha de propaganda que tuvo como armas principales los libros y los folletos. Aunque el texto está quizás demasiado compartimentado y la primera parte (la acción característica de cada potencia en la guerra mundial) tenga poco que ver con la segunda (la propaganda religiosa en la guerra civil), Moreno Cantano revela los entresijos de cada campaña de guerra psicológica que era inseparable del esfuerzo bélico, y que tuvo su correspondiente lectura en el campo teológico. Con las

diferencias debidas a cada ideología, los beligerantes coincidieron sustancialmente en la sacralización de los conflictos (con el empleo generalizado del término “cruzada”) y la definición del propio país y la propia causa como elegidas por Dios. Quizás lo más destacado del trabajo sea el estudio de las estructuras de propaganda de los bandos beligerantes en la guerra civil, desde las Oficinas Católicas de Información Internacional de Zaragoza y Salamanca (que difundieron con eficacia la pastoral de Gomá *El caso de España* y la carta colectiva del episcopado español) a la Oficina de Propaganda Católica que los republicanos organizaron en París con el objeto de denunciar la postura de la iglesia oficial y recalcar la incongruencia del colaboracionismo del Nuevo Estado católico con la Alemania nazi, lo que generó un enojoso incidente diplomático con el Vaticano. A mi juicio, se podría haber comparado con mucho fruto esta etapa bélica con la de la Primera Guerra mundial en la denuncia de las atrocidades del enemigo, en la incidencia sobre el mundo musulmán o en la germanofilia que dominó en la mayor parte de la prensa española a través de la acción de la embajada y las agencias de noticias DNB y Transocean. Una preeminencia que trató de ser contrarrestada por Gran Bretaña desde la Religions Division del Ministerio de Información, cuyo representante en España era el periodista, diplomático y espía Tom Burns.

El estudio de la actividad política y propagandista del bando rebelde en Portugal durante la guerra civil que aborda Alberto Pena Rodríguez resulta pertinente por cuanto el país vecino se convirtió en el centro neurálgico de la acción antirrepublicana desde antes del estallido del conflicto, y porque una vez se puso en marcha la contienda fue la retaguardia y el centro de recepción de buena parte de los suministros bélicos que llegaban a las tropas insurgentes. El papel nodal que tuvo la “embajada negra”, especialmente desde la llegada de Nicolás Franco en mayo de 1938, aparece bien caracterizado en sus actividades de captación de voluntarios sufragadas por Juan March y de difusión de las consignas a los periodistas amigos (como Armando Boaventura, redactor jefe del *Diário de Notícias* y jefe de prensa del Ministério dos Negócios Estrangeiros) y a los diferentes medios de comunicación, especialmente el Radio Club Portugués y los diarios de mayor tirada, en una campaña de orquestación lanzada por medio de una marea de noticias favorables. Destacó la publicación de los diarios (no memorias, como dice el autor) de Azaña en lo que respecta al apoyo que otorgó entre 1931 y 1933 a los revolucionarios portugueses exiliados. La embajada también fue el punto de partida para la distribución de propaganda hacia América Latina y los Estados Unidos, y la actividad de Falange fue intensa a partir de 1938 a pesar de las habituales zancadillas de la legación diplomática. El gobierno de Salazar obstaculizó algunas acciones políticas de FET por los temores que despertaban su ideología y propaganda iberista, pero el apoyo ideológico y propagandístico a la causa franquista fue siempre incondicional.

La bien documentada semblanza que hace Luis Arias González del combatiente, periodista, espía y aventurero británico Peter Kemp no resulta demasiado relevante desde el punto de vista histórico, por la limitada trascendencia que tuvo este joven de rancia mentalidad tory (que descubrió en la guerra de España su vocación militar) para el aparato de propaganda de los sublevados. Pero sí se hace una aguda disección de la red de apoyos británicos al franquismo, formada por una heterogénea amalgama de conservadores tradicionalistas, filonazis, militantes de la British Union of Fascists, católicos, anticomunistas, aristócratas, militares eduardianos, ultraderechistas angloespañoles como Luis Bolín o el marqués del Moral (gran difusor de la mentira del golpe de Estado comunista previsto para agosto de 1936), neutralistas y apaciguadores, cuya movilización sólo arrojó a la hora de la verdad la ridícula cifra de 14 ó 15 voluntarios para la causa rebelde.

Rosa Pardo realiza la que, a mi juicio, es la mejor contribución del libro, ya que con su pericia habitual contextualiza a la perfección la trayectoria profesional de José María Doussinague, director general de Política Exterior y uno de los más influyentes diplomáticos de la etapa 1933-1946. Católico de mentalidad muy conservadora, cercana al tradicionalismo político, Doussinague fue sobre todo un profesional capacitado, enormemente trabajador y comprometido con la reforma de la carrera y de su instrumento fundamental: el cuerpo diplomático y consular. También diseñó sucesivos planes de política exterior que otorgaban una especial importancia al neutralismo y al reforzamiento de la vinculación hispanoamericana. Trabajó sin problemas los gobiernos republicanos hasta mediados de

1934, elaborando entre otros el famoso “Plan P” de cooperación y solidaridad con las repúblicas hispanoamericanas que tenía el designio de conducir a la creación de un bloque internacional donde España tendría un papel preeminente. La guerra civil le sumió en una deriva de radicalismo antiliberal. Tras pasar la depuración en noviembre de 1938 y ser descendido de categoría, el 5 de mayo de 1939 envió a Jordana uno de sus planes de política general hispanoamericana centrada en la recuperación del favor de las colonias de emigrados a través de una campaña de contrapropaganda basada en el catolicismo que contrarrestase las proclamas antifascistas de los republicanos exiliados. A mediados de 1940 propuso un “Plan D” de iniciativa de los neutrales (con Estados Unidos y Pío XII) para detener el curso de la guerra mundial, iniciativa que volvió a plantear a fines de 1942 tras la caída de Serrano Suñer, pero cosechó un nuevo fracaso que determinó un nuevo acercamiento a América Latina y una etapa de concesiones a los Estados Unidos.

Florentino Rodao revisa la figura de José del Castaño Cardona, personaje que ya trató *in extenso* en su reciente libro *Franquistas sin Franco. Una historia alternativa de la Guerra Civil española desde Filipinas* (Granada, Comares, 2012). Castaño fue el responsable de la Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange desde la unificación política de abril de 1937 a su cese el 27 de mayo de 1939. Tras su nombramiento en noviembre de 1940 como cónsul general en Manila, desde mediados de 1941 vivió el acoso americano al Eje, la transición a la independencia filipina y la ocupación japonesa. Su trayectoria refleja como pocas la radicalización de los diplomáticos españoles de los años treinta y cuarenta desde un vago monarquismo institucional a una decidida apuesta por la fascistización de la acción exterior bajo el predominio de la Falange. Castaño defendió de forma acérrima los intereses del partido sobre los del Ministerio de Exteriores, y experimentó una fascistización que el autor opina (p. 189) que fue menos ideológica que organizativa. Sin embargo, no creo que, como asevera Rodao, los falangistas y los diplomáticos representasen culturas políticas diferentes y a la larga incompatibles, sino que como ocurrió en el caso italiano, mostraban diferentes estadios de fascistización dentro de una actitud de básico consenso respecto del régimen franquista. “Falangistización” que, por ejemplo, también abordaron José Antonio Giménez-Arnau en la Delegación Nacional de Prensa y Dionisio Ridruejo en la de Propaganda.

Misael López Zapico juzga que la historia de Falange en los Estados Unidos fue un desastre sin paliativos. Aunque su estudio arroja poca más luz que los trabajos anteriores, abordados por Marta Rey, Francisco Blanco Moral o Antonio César Moreno Cantano, y muestra en los antecedentes una deuda sistemática con los trabajos de Aurora Bosch sobre las relaciones entre España y la gran potencia norteamericana, al menos presenta la novedad de hacer un análisis pormenorizado del contenido del periódico *Cara al Sol* de Nueva York. Las razones que se aducen al fracaso de la iniciativa falangista resultan obvios: los enfrentamientos entre las distintas fuerzas que apoyaron el golpe de 1936 (Falange exterior *versus* representación diplomática), el escaso peso de la colonia española en los Estados Unidos (unos 60.000 individuos, concentrados en Nueva York y California), la radical ignorancia de la opinión pública norteamericana sobre España, la falta de ambiente político para un movimiento totalitario de esta índole y la creciente hostilidad que fue manifestando la administración Roosevelt a partir de las sucesivas conferencias panamericanas de Lima (1938), Panamá (1939) y La Habana (1940).

La semblanza que María Jesús de Cava Mesa hace del diplomático Juan Pablo de Lojendio (representante cualificado de esa “facción vasca” que actúa en el entramado diplomático español desde el siglo XVIII, y candidato cedista en las elecciones de 1936) en sus destinos argentino y uruguayo entre 1936-1939 y 1944-1948 sigue la misma línea de las de Doussinague o Castaño, pero está peor documentada que las anteriores, con el agravante de hacer referencia a autores cuyas obras luego no se citan. En todo caso, resulta atractiva la caracterización del comportamiento público del personaje (el buen gusto como elemento de distinción según la terminología acuñada por Pierre Bourdieu, al que se añade la capacidad de interlocución con actores elitistas gubernamentales y no gubernamentales), lo que no le impidió actuar de manera extremadamente combativa en apoyo de las tesis del gobierno franquista, que trató de impulsar una política generalista, dirigida a restaurar objetivos socioculturales comunes, para reinstaurar la bilateralidad de los contactos con los

interlocutores sudamericanos tras la Segunda Guerra Mundial.

Por último, Antonio Cañellas Mas analiza las implicaciones políticas de la actividad académica del profesor Vicente Rodríguez Casado, uno de los impulsores de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla en 1942 y de la Universidad de Verano de La Rábida en 1943. La exégesis que se hace de la obra historiográfica de este historiador aparece contextualizada en la sucesión de empresas político-culturales en las que tomó parte desde la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Tras efectuar una disgresión poco justificada —por obvia— en torno a los antecedentes del americanismo conservador español, el autor estudia su proyecto de americanismo culturalista que entroncaba con el conservadurismo católico de raíz menedezpelayista. Pero fue, a su juicio, un proyecto propio e independiente, que cimentó en su prestigio profesional y en sus excelentes relaciones con las más altas instancias del régimen franquista.

De los 400 miembros de la carrera diplomática, sólo unos 40 permanecieron leales a la República. La base humana de la política exterior del franquismo figuraba, pues, en los escalafones de los años veinte y treinta. Por eso resulta muy necesario abordar el estudio integral de estos personajes de segunda fila.